

RESEÑA

Ludger Mees, Klaus-Jürgen Nagel y Hans-Jürgen Puhle, *Una historia social del vino. Rioja, Navarra, Cataluña 1860-1940*. Madrid, Tecnos, 2019, 507 pp.

SERGIO CAÑAS DÍEZ
Instituto de Estudios Riojanos

Siempre es pertinente leer los distintos trabajos que se realizan acerca del producto estrella regional, como es el caso de la obra que acaba de publicarse sobre la historia social del vino español. Pues el sector vinícola fue base económica y factor clave en el proceso de modernidad española y por ende riojana. Si bien es cierto que la historia contemporánea de La Rioja es más que la historia de su vino, no podemos comprender lo primero sin conocer lo segundo. Aún más: sin entender la relación entre el producto y la sociedad que lo produce y consume. Por eso es pertinente reseñar este libro.

El libro se estructura en cuatro capítulos. Comenzando por una visión panorámica del sector vitivinícola en España, a la que le siguen tres capítulos donde se analizan la historia del vino en La Rioja y Navarra, en Cataluña, y finalmente se presenta un capítulo que, a modo de epílogo, traza las perspectivas posteriores a 1940. Pues la cronología global y de los tres primeros capítulos responde a los inicios de la modernización del sector, en 1860, hasta el inicio de la dictadura de Franco, donde se produce esa importante cesura histórica que cambia todo el paradigma anterior marcando un punto y aparte de la historia española. Internamente distinguimos tres partes: la historia vitivinícola de La Rioja y Navarra, y la historia vitivinícola de Cataluña, que son la base empírica del trabajo y ocupan tres cuartas partes del libro. Pero también hay una sección restante donde integramos la introducción, el contexto histórico general y el cuarto capítulo que mira a la historia posterior de la Guerra Civil.

Temáticamente es rico: incluye y cruza elementos de historia política, económica y social, ampliando el foco en aspectos concretos como los empresariales, laborales, agrarios y técnicos. Pues es una obra muy completa como corresponde a la culminación de un lento y madurado proceso de investigación. El hecho de profundizar en las regiones de Rioja, Navarra y Cataluña, dejando fuera de foco a otras regiones españolas donde también el vino tiene presencia e importancia, como el Duero, La Mancha, Andalucía, Valencia o Galicia, tiene una causa cuantitativa y cualitativa: se trata de los casos pioneros en la modernización del sector y producción de caldos de calidad, así como de las regiones españolas más importantes por volumen de producción y comercio. Y es que aunque en España «la vid y el vino están presentes en casi todo el territorio», «los problemas de la viticultura

solo se explican recurriendo a casos regionales concretos», como los analizados en la obra.

Un elemento que resalta es que los autores mantengan el relato histórico muy cerca de las fuentes. Que son abundantes y diversas y enriquecen el trabajo. Dado que aunque se han apoyado en las principales referencias bibliográficas, notándose una inclinación por trabajos clásicos sobre la materia, no es posible realizar un significativo encuadre historiográfico para el caso español. A diferencia de lo que sucede en otros países de tradición vitivinícola, caso de Francia, donde existe una tradición investigadora sobre la historia del vino. Así, su misión es rellenar las lagunas que la propia historiografía señaló antes. En ese sentido la obra introduce diferentes novedades que, junto a lo brillante y sesudo del estudio realizado, son sus principales aportaciones. Pues no hacen una historia local y regional típica, más llena de anécdotas y de datos que de interpretaciones, donde el vino se tome como eje vertebrador de la historia. Sino que es una historia del vino, que lo toma como eje vertebrador, pero vista en un contexto regional histórico comparado, que no pierde de vista el marco histórico y social que los encuadra.

Paradójicamente su crítica historiográfica es lo que merece un juicio crítico. Nos referimos a un problema que, en el fondo, es la principal y única crítica que hacemos al trabajo. Pues se trata de la traducción y adecuación de una investigación finalizada en 2005, publicada hace más de una década en lengua alemana, y que ahora se edita traducida y revisada para ampliar el número de lectores. Lo cual es magnífico para que el público hispano disfrute este importante e interesante trabajo. Pero no incluye algunas de las últimas aportaciones que ha hecho la historiografía riojana sobre el tema. Hecho que para la historia del vino en La Rioja, nos haga echar en falta las contribuciones de Luena o Bustos, estrictamente sobre el vino, la figura de Larrea, y la economía regional asociada a él, y de Delgado Idarreta –autor del que solo se utilizan trabajos clásicos- sobre el ferrocarril y la importancia del vino en el desarrollo de la modernidad económica riojana. Temas que se han desarrollado en los equipos de investigación que el propio profesor Delgado ha dirigido en la última década.

No obstante, en conjunto la perspectiva metodológica es fecunda por sus aportes en distintos planos. Tiene lo bueno de la visión de la historia de España que todavía hoy aportan los autores extranjeros -en el más noble y respetuoso sentido del término- pero que no termina de encajar en el epígrafe –un tanto *demodé* a nuestro juicio- de hispanistas para referimos a ellos. Por lo menos es el caso del profesor Ludger Mees, posiblemente el autor más conocido entre la historiografía riojana por sus anteriores trabajos sobre el vino de Rioja alavesa, y del que existen varias referencias historiográficas en lengua española por su trabajo en la Universidad del País Vasco, y que se ocupa del estudio del vino riojano y navarro. Pues aporta al mismo tiempo una visión externa-interna que todavía hacen más interesante su contribución. Lo mismo podemos destacar de su colega Klaus-Jürgen Nagel, que hace lo propio en la Universidad Pompeu Fabra y se ha revelado como un buen conocedor de la historia del vino catalán.

Debido a la naturaleza regional de la revista que publica la reseña y dado que la naturaleza de este tipo de textos no permiten realizar análisis extensos, nos centraremos en la segunda parte en que configuramos la reseña en el análisis del caso riojano y navarro, ubicado en el segundo capítulo. Lo importante de la historia social del vino en La Rioja y Navarra es que ya, en sí mismo, presenta un estudio comparativo de dos regiones vitivinícolas. Y esto es un primer avance. Si bien La Rioja –entendida como región natural productora de vino que incluye Rioja alavesa –es la región nacional más famosa y hegemónica en cuanto a los vinos de calidad, resulta importantísimo a la postre tener a Navarra como contrapunto. Tanto o más que considerar su proximidad con un puntal industrial español como el País Vasco. No solo porque son regiones vecinas y que en su área meridional compartan similitudes socioculturales con la zona riojana del valle, sino porque a través de las similitudes y diferencias de ambos casos en relación a la producción de vino, se entiende mejor cada caso en particular. En otras palabras: no se puede entender la historia del vino riojano sin Navarra y sin el País Vasco. Aunque históricamente hablando Rioja sea “la cuna de la industrialización del sector vitivinícola (...) hasta hoy”.

Usando de un método cronológico, propio de la historia, y combinándolo con los distintos puntos principales en los que el capítulo se divide, en primer lugar se analiza la viticultura tradicional que arranca, al menos, desde los tiempos de la romanización. Y que en líneas generales llega sin grandes avances técnicos o metodológicos hasta el siglo XIX, donde lo único que se verificó fue el aumento de la superficie de cultivo por su mayor productividad. Situación que desde finales del siglo XVIII generó el problema de la sobreproducción, como sabían los ilustrados de la Real Sociedad Económica de la Rioja Castellana y el propio Jovellanos cuando visitó La Rioja, haciendo que el vino que no se consumía internamente o se vendiera en el País Vasco y Cantabria, debiera tirarse o regalarse para dejar hueco en las bodegas para la siguiente vendimia. Al mismo tiempo, el método tradicional de comercio terrestre no cambió hasta que en 1864 la línea de ferrocarril Tudela-Bilbao, *el ferrocarril riojano*, comunicó los principales centros productores riojanos y navarros con el puerto de Bilbao o con la frontera francesa a través de Miranda de Ebro donde contactaba con la línea Madrid-Irún. Si bien no es menos cierto que la Ilustración riojana pujó por la mejora de las comunicaciones terrestres con el País Vasco, el ferrocarril fue una revolución en materia de comunicación.

En ese impulso del transporte moderno, conquista de nuevos mercados y alcance de largas distancias, también se produjeron problemas asociados a la producción del vino. Pues la elaboración tradicional hacía que el producto fuera propenso a corromperse por el camino, y para remediarlo se incrementaba la graduación alcohólica. A pesar de que algún político alavés ya presentó a finales del reinado de Fernando VII la alternativa de elaborar un vino de más calidad y no tan sujeto a los influjos medioambientales. Con todo, el alto nivel alcohólico del vino riojano y navarro de mitad del siglo XIX también respondía al gusto de sus consumidores directos y de la preferencia del mercado español.

No fue hasta la campaña lanzada por la provincia de Álava en 1850 para obtener un vino más fino y de mayor calidad, el Medoc Alavés, profusamente investigado por Mees en otros trabajos, y las ideas que, con un mismo espíritu emprendedor, el marqués de Murrieta importó de Burdeos, cuando el vino riojano empezó a tomar un rumbo distinto. Lo que se materializó en la creación en 1877 de una bodega en la finca Ygay, cerca de Logroño, donde Murrieta pasó de un dilatado periodo de experimentación anterior a la creación de un nuevo tipo de caldos. Lo cual presenta una primera diferencia: mientras que en Álava la iniciativa contó con el apoyo político, en La Rioja fue la iniciativa privada de uno de sus notables el que llegó, *mutatis mutandis*, al mismo grado de desarrollo vitivinícola. Lógicamente, la excepcionalidad fiscal de las provincias vascas frente a La Rioja –entonces provincia de Logroño–, permitía y favorecía ese tipo de inversiones. A partir de entonces y hasta la última década del siglo XIX, se viven unos años dorados en la producción de este tipo de vino. No solo por iniciativa propia como por la plaga de filoxera que arruinó el viñedo europeo, y la exportación masiva de la producción española que este hecho produjo. En el caso de Francia, mantener sus compromisos comerciales internacionales le obligó a importar vino extranjero “a fin de mezclarlo con los remanentes del suyo y venderlo, finalmente, como producción propia”. Una suerte de adulteración controlada del producto. Aunque el vino riojano experimentó un auge exportador, en el caso del vino de alta calidad la realidad no fue tan positiva. La demanda francesa se interesaba por el vino de pasto, en su búsqueda de intensidad colora y alta graduación, por ser bueno para sus operaciones mercantiles de vender vino francés mezclado con mosto español. Sin embargo, sí que el vino riojano se difundió y consolidó en el mercado latinoamericano a la par que el vino de Burdeos declinaba su presencia allí.

La coyuntura positiva terminó en torno a 1890 debido a la política fiscal francesa, la invasión de una plaga de mildiu en España y una serie de heladas y granizadas que arruinaron el agro español. Aunque también antes de esta serie de factores exteriores y negativos, la propia adulteración del vino llevada a cabo por algunos comerciantes españoles, a veces con productos perjudiciales para la salud, propició que mientras el vino francés recuperase terreno, toda la propaganda española que se había realizado anteriormente se viera sacudida por una intensa campaña francesa de denuncia de los casos evidentes de adulteración del vino español. Lo que derivó en la desconfianza del consumidor internacional, fundamentalmente francés, por el producto español.

Esta suerte de síntesis de la historia del vino, que ya es en sí misma meritoria y justifica la publicación y lectura de esta obra, de este capítulo, no es sino una parte del mismo. Pues dado que los autores quieren hacer, y hacen, historia social (en el sentido de historia de la sociedad que acuñó Eric Hobsbawm), a continuación se posa la mirada en el papel que la política, los empresarios y los trabajadores, tuvieron en este desarrollo del vino riojano y navarro. No siendo, por ejemplo, igual la respuesta que desde finales del XIX y principios del XX, se dio desde Navarra o La Rioja a la crisis

vitivinícola española. Pues mientras que en Navarra fue su diputación la que intervino e invirtió grandes sumas de dinero en la construcción de viveros, la preparación y manutención de mano de obra experta, y la eximición temporal de impuestos a los viñedos que participasen en la política de repoblación a base de injertos, entre otra serie de medidas, en La Rioja las cosas siguieron un curso bien distinto. No tanto por la teoría, pues también en la lucha contra la filoxera se creó, en consonancia con la ley, una comisión experta y un vivero oficial para el suministro de cepas americanas. Sino por la práctica, ya que efectivamente no se produjeron realidades importantes, ni cambios o mejoras tangibles. “Por más que se fundara la Estación Enológica de Haro en 1892, la Diputación permaneció inactiva en el transcurso de los años”. De nuevo, no es que la burguesía riojana dominante fuera menos lista que la navarra, sino que la desigual situación hacendística de La Rioja frente a una provincia limítrofe –Navarra en este caso– produjo una situación económica disímil con la que La Rioja no podía competir: no tenía recursos suficientes para prestar un servicio efectivo o financiar proyectos de altura. Por eso los proyectos que realizó con cepas americanas tuvieron buenos resultados pero un alcance limitado. Pues, hoy como ayer, no fallaba en el mundo de la investigación la capacidad del capital humano ni el personal cualificado, sino la financiación pública.

La crisis se superó a duras penas gracias a la burguesía regional. No tanto porque fuera capaz de cumplir totalmente con su *cometido histórico* como agente del cambio en la modernidad, sino porque en sus mejores y más prósperas manifestaciones resolvió a su cuenta y riesgo algunos de los problemas estructurales del viñedo riojano. Es el caso de las Bodegas Franco-Españolas, una de las empresas señeras del vino riojano, que en 1903 construyeron un vivero privado donde usaron vides americanas. A partir de este punto y de su mano, el capítulo nos sumerge en el mundo de las bodegas y de los bodegueros como principales agentes de la industrialización y comercialización del vino riojano en la contemporaneidad. Realizando un estudio general seguido de historias particulares donde sobresalen los nombres de López de Heredia, CUNE, Bodegas Franco-Españolas, Bodegas Bilbaínas, que marcan junto a otros ejemplos el paso de la primera viticultura moderna a la viticultura posterior a la replantación. Y también evidencian la importancia de Logroño, Haro y sus comarcas, como las áreas pioneras de la producción moderna de vino de calidad en La Rioja.

Posteriormente el estudio nos dirige al proceso de modernización y cambio social que la historia del vino produjo en las regiones estudiadas. En este punto destaca el relativo inmovilismo de la viticultura tradicional, asentada sobre la propiedad minifundista y dominada por una mayoría de pequeños labradores propietarios y una minoría de grandes terratenientes. Donde si bien la crisis agrícola hizo proletarizarse a muchos pequeños agricultores que no disponían de capital para la replantación ni podían asumir los costes de la nueva producción, más altos a medida que el vino fue mejorando su calidad, la plaga “no condujo a una concentración del suelo digna de mención, ni tampoco provocó un aumento considerable del trabajo asa-

lariado". Y todavía a finales del reinado de Alfonso XIII la alta fragmentación de la propiedad era una realidad tanto en La Rioja como en Navarra, a pesar de que allí sí que hubiera mayor presencia de jornaleros o campesinos sin tierra. Tal y como la historiografía riojana y navarra había señalado en estudios anteriores. Con todo, la modernización de la producción vinícola fue de la mano de una burguesía vinatera, una burguesía de nuevo cuño que se sumaba a la burguesía conservera, más presente en Calahorra, y que se elevó socialmente gracias a la producción y comercialización de productos agroalimentarios hasta la cúspide de la élite regional. Donde rivalizaban con la burguesía propietaria.

En parte esta burguesía bodeguera influyó en la política de forma directa, mediante su vinculación con la política profesional, o indirecta como beneficiarios del sistema clientelar propio de la Restauración. Si bien otra vía de empoderamiento e influjo provino del impulso que dieron, de la mano del catolicismo social que generó León XIII, al sindicalismo católico. Obviamente, junto a la modernidad socioeconómica y a medida que el sistema de la Restauración entró en crisis, también aparecieron el conflicto de clases y el sindicalismo de corte socialista o anarquista, que tuvo un papel destacado en las luchas sociopolíticas riojanas que sobre todo alcanzó su cénit ya durante la Segunda República Española. Pero que en relación con el sector del vino estaba reducido a los jornaleros y trabajadores de las grandes bodegas, si bien creció también entre nuevos sectores industriales asociados a la producción de vino. Todo lo cual hizo que los bodegueros se movieran de la influencia del partido liberal-sagastino de la Restauración, hacia el centro izquierda republicano o la derecha conservadora y agraria cuando la república trajo consigo la politización de las masas populares.

En síntesis, se trata de un trabajo muy bien sustentado tanto en su vertiente teórica-metodológica como en las conclusiones a las que se llega. Y que ha sabido recoger las principales aportaciones de la historiografía pero verlas a la luz de la, prolífica, documentación consultada tanto de fuentes archivísticas como hemerográficas, para aportar importantes novedades y claves para su comprensión y estudio. Tal es así que continuar con el desarrollo de su contenido daría de sí mucho más que las pocas páginas que le podemos dedicar en esta reseña, únicamente si nos hubiésemos ocupado de analizar también la historia viticultora catalana. Que guarda muchas similitudes pero también importantes diferencias. Sin duda alguna se trata de un trabajo de referencia para estudiosos, o meros curiosos y aficionados, de la historia del vino. Sea riojano o no riojano. Y es un texto que deberá consultar quien quiera superar sus aportaciones. Está escrito con precisión y claridad, lo que no debe ser fácil para autores que no tienen el español como lengua materna aunque demuestran un excelente dominio del idioma. Y es sin duda alguna una aportación sobresaliente para el estudio de la historia del vino español en general, o del riojano, navarro y catalán en particular, pues se acerca mucho al concepto de la historia total.

A modo de guinda, además esta obra aporta un importante, sin ser excesivo, aparato gráfico donde las distintas imágenes ilustran perfectamente

los diferentes epígrafes del libro. Y se agradece que se decida ubicarlas a lo largo del texto y no se concentren en un apartado específico. Más allá de motivos puramente subjetivos y estéticos, pensamos que usarlas y presentarlas de este modo es útil para complementar lo que se lee. Y sirven de reposo al lector entre punto y punto. Puesto que la lectura, como el buen vino, también necesita reposar para que el conocimiento se asiente mejor y de sus mejores resultados.

